

Sección de Literatura.



A siguiente serie de artículos, escritos en inglés por Lavinia Dik, y traducidos al castellano por una socia del Liceo, merecen fijar, á nuestro juicio, la atención de todas las personas inteligentes.

Acaso la imaginación de la autora la lleva algunas veces mas allá de donde razonablemente debiera: acaso se muestra estremadamente injusta, acusando al hombre de hechos que no le ha sido posible prever ni evitar; pero de todos modos el fondo de filosófica verdad que en esos artículos existe, y su lenguaje sincero y apasionado, les hacen sumamente recomendables.

ARTICULO PRIMERO.

¿Quiénes son los naturales defensores de los derechos?—En esta pregunta, ahora indispensable, hay una secreta acusación, que puede y debe ser propuesta en este periodo de nuestra ponderada civilización, en que todos los rasgos de la antigua barbarie han desaparecido; todas las relaciones de la vida han pasado por el crisol de la ilustración, perfeccionándose hasta un grado supremo. Claramente prueba la falacia de la regulación humana con respecto al sexo femenino, la injusticia con que están divididos los bienes de la tierra, el poder y la supremacía; la notable desigualdad que hay entre el hombre y la muger.

Dios, padre de la raza humana, no tuvo idea al crear el mundo, de establecer diferencia alguna entre los sexos, ni de favorecer al uno mas que al otro. El no dispuso que una parte poseyese mas energía, ni fuese mejor, ni mas á propósito para alcanzar su santa semejanza, que la otra. Formó los dos sexos con el mismo designio, cualidades, capacidad, faltas y debilidades; y con el mismo derecho y pretensiones al goce y dominio de su rica creación.

— Ellos fueron creados para sentir igualmente la alegría y el pesar; para soportar juntos los trabajos y penalidades de la vida.—El hombre, mas fuerte, debía aliviar á la muger, mas débil, de su carga, aligerándosela, ya que no pudiese quitársela; pues él fue destinado á ser el apoyo y protector de la muger, y no á oprimirla, haciendo mal uso de su fuerza.

La condición de la muger es con respecto á la comun medida de fuerza corporal, diferente de la del hombre; pero no inferior, ni tan reducida como muchos han tratado de manifestar.—Dios lo ha determinado así, y es, por tanto, una santa disposición.—Si el hombre hubiera reconocido esto desde el principio, hubiera mostrado siempre á la muger el respeto, amor, consideraciones y simpatías que merece, y no la hubiera oprimido con la esclavitud, ni degradadola con su tiranía, egoísmo y arrogancia; la hubiera dado una parte en todo lo que hubiese convenido á su juicio; hubiera visto en ella una digna compañera, y jamás habría existido entre ellos el desgradable estado de cosas que al presente existe, en el cual la muger, arrastrada por la necesidad, no ha dejado de levantarse alguna vez en defensa de sus naturales derechos: porque donde hay usurpación ó restricción de privilegios, naturalmente sucede que el deseo y esfuerzo de la propia defensa se levantan también con poderosa energía; y así debe evitarse tan peligroso extremo.—El traspasar los límites establecidos conduce pocas veces al objeto deseado, llévanos fuera del verdadero camino, y cuando este se abandona una vez, es difícil volverle á encontrar: no obstante las naturalezas menos independientes, las que generalmente abundan

en nuestro sexo, raras veces salen bien en este vigoroso plan de defensa: ellas permiten que se les rechace, y reduzca á mas estrecho círculo, y se encadene su inteligencia. En tales circunstancias nace en estas pobres criaturas el natural deseo de encontrar protección y refugio, y miran en torno de sí buscando un defensor; y como, gracias al cielo, no todos los hombres están animados por el espíritu de altivez, no todos desean la opresión de la muger, la respuesta se sigue naturalmente á la pregunta que antes hicimos.... ¿Quiénes son los naturales defensores de los derechos de la muger?... ¿Todo hombre equitativo y bueno no se creerá llamado á trabajar contra la injusticia, diariamente aumentada; contra el desprecio de la multitud al sexo femenino; y á defender los cortos y combatidos derechos de la muger, poniéndose á su lado para prestarle ayuda y protección?...—Si así sucediese, no solo se evitaría mucho mal, sino que también un justo reconocimiento de su si-

tuación y derechos enseñaría á la muger á limitarse al círculo marcado por la naturaleza; moviéndose independientemente solo donde tuviese derecho de hacerlo; hablando solo donde pudiese reclamar atención, y gobernar donde el dominio le es concedido; pero vemos con demasiada frecuencia que los mejores hombres, si no son enteramente indiferentes á los abusos de sus cólegas, los presencian al menos en la inacción. Solo algunas voces se levantan para defender los injuriados derechos de la muger; pocos son los que se emplean en su ayuda, y de ahí procede que la mayor parte de esas excepciones son mofadas, y rara vez aplaudidas. ¿En todo esto, pues, encuentra el hombre suficiente motivo para mandar despoticamente en la muger; para oprimirla en todo respeto, y prohibirle todo paso fuera de la senda doméstica; para negarle parte y voz en todas las cosas; para degradarla, en fin, hasta convertirla en máquina?... Esta pregunta merece un detenido examen.

A mi amigo D. Jacinto Ronda.

POESÍA.

Tambien tu frente de crespon ceñida,
Me anuncia amigo el sempiterno llanto,
Con que regamos nuestra amarga vida.
Tambien herido de mortal quebranto,
La risa de tus lábíos se ha trocado
En negra sombra de dolor y espanto.
¡Ay! hubo un dia en el que yo engañado
Vida feliz en el mortal creia,
Mas ¿por qué mi ilusion has derrocado?

Con la faz alzada al cielo
En aquel tiempo te ví,
Tiempo en que latir sentí
De dicha tu corazon;
Y al mirarte hollar el suelo
Retando á la dura suerte,
No creia poder verte
Ceñido de ese crespon.

Alegre en festín y danza,
Impertérrito en la pena,
Mostrabas un alma llena
De contento y de placer:
Mas huyóse mi esperanza,
Y hoy me dice tu tristura,
Que no hay capa de ventura
Sin gotas de padecer.

No siempre dias hermosos
Eran entonces tus dias,
Mas nunca el lloro vertías
Que arranca fiero el dolor;
Pues tus lábíos venturosos
Del cáliz de la existencia,
Sabian chupar la esencia,
Dejándose la amargor.

Si el cielo airado tronaba,

¿Qué te importaban sus truenos?

Tus ojos siempre serenos

Miraban la tempestad:

Si el relámpago alumbraba

No nos mostraba tu espanto;

Tú reías, y tu canto

Volaba á la inmensidad.

Entonces nada en el mundo

Tu altivéz humillar pudo,

Que te servía de escudo

Tu alentado corazon;

Mas ora dolor profundo

Te rinde constante al pecho,

Cual si bramára deshecho

En el furioso turbion.

¿Qué poder, dulce amigo, fue bastante

Para robarte tan hermosos dias

Y cubrir de tristeza tu semblante?

Silencio triste,

Fuerte latido,

Y hondo gemido

Das á mi voz.

¡Ah! tú perdiste

La antigua calma,

Lucha en tu alma

Combate atróz.

Piadoso el cielo

De virtud pura,

Tierna hormosura

Te quiso dar:

Tú la adorabas

Y ella no existe,

Llora pues triste,

Justo es llorar.

Y no rompas esa gasa

Que bien merece ese duelo,

Aquella beldad del cielo

Que la muerte arrebató;

Ella tu planta guiaba

Por la senda de la vida,

Y tu planta confundida

La huella antigua perdió.

Por eso triste gemido

Alanza ahora tu pecho,

Y en tu amargoso despecho

Buscas en vano soláz:

¡Ah! la beldad que has perdido

A sufrir te ha condenado,

Porque ella al cielo ha volado,

Y era tu ángel de paz.—P. S.

VARIEDADES.

*De poeta y de loco
Todos tenemos un poco.*

El autor de esta sentencia merecía cualquier pena, en castigo de los males que ella ha causado á la sociedad; y no lo tomen VV. á bromá, porque no hay duda que de aquí han sacado muchos, y yo el primero, la funesta consecuencia, de que cultivando este poco de poesía que nos dió la naturaleza, podrían llegar á obtener un mucho. De aquí el que hayamos descuidado estudios de mayor utilidad, por aprender á hacer versos detestables; y de aquí el malditísimo uso que se ha hecho, se hace y se hará probablemente, de infinidad de resmas de papel, que mejor empleadas estuvieran si jamás hubiesen salido de la categoria de trapos,

aunque se les hubiera destinado para hilas y vendajes.

¡Dios de Israel, y cuánto poeta! ó por mejor decir ¡cuánto loco!... ¿Qué apuestan VV. á que la generacion venidera enterita se compone de poetas? ¡Oh, bien aventurado Juan de Mena! Si por una permission de Dios levantases la cabeza del sepulcro, y vieras esta turba de poetastros, ¿qué dirías de aquella estéril época en que tu lira era quasi la única que sonaba en toda España?

Nuestra sociedad se compone de poetas, y de aficionados á la poesía: es decir de hombres que escriben en verso y en prosa; y de hombres que les gusta el verso y la

prosa. Pero aquí hay que hacer una subdivisión en cada clase, á saber: los que escriben bien, y los que escribimos mal; y los que les gusta leer lo bueno, y los que les gusta leer lo bueno y lo malo. No hablo de los que escriben bien, ni de los que les gusta lo bueno: ténganlo VV. entendido para lo sucesivo, y no se me venga atufando nadie por lo que pueda decir; porque he visto por experiencia que son VV. muy quisquillosos y puntosillos, cosa rara en el siglo XIX.

Estaba yo una de estas mañanas dado á musas, como si digéramos dado á perros ó dado á diablos, cuando vino á arrancarme de mis poéticas meditaciones un amigo muy aficionado á la poesía, que está estudiando filosofía, y no sabe gramática castellana.

—¡Hola! D. Desventuras, me dijo tomando asiento; he venido á interrumpir la inspiración.

—¿Qué tiene V. que mandarme, amigo?

—Vengo á pedir á V. un favor.

—Veamos.

—Amigo, tiene V. mucho talento, y si gusta, puede darme ciertas luces que echo de menos para desarrollar mi ingenio.

—¡Pobre de mí! la amistad de V. le hace ver cosas que no existen. Sin embargo lo poco que yo sé está á disposición de mis amigos. Al caso.

—Es el caso que me ha de dar V. algunas lecciones de poesía,

—¿Qué ha dicho V?

—Que suplico á V. me dé algunas lecciones de poesía.

—¡Está V. en su juicio! ¡lecciones de poesía!... ¡yo!

—Vamos, señor, no sea V. tan modesto, ni tan....

—¡Qué modestia, ni que calabazas! ¿Le parece á V. que hay lecciones para hacer poetas, y que caso de haberlas las puedo dar yo?

—Pues no ha de haber!...

—Venga V. acá, hombre de Dios, venga V. acá. Yo no soy poeta: la mayor parte....

cuasi todos los que escriben versos, están tan lejos de ser poetas.... como lo está la tierra del cielo. Para hacer lo que yo hago no necesita V. tomar lecciones de nadie: para hacer lo que hacen los verdaderos poetas no hay quien se las pueda dar.

—¿Pues cómo se hacen poetas?

—¿Cómo? En primer lugar es necesario, que su espíritu sea naturalmente sublime y elevado; que su ingenio sea claro, su talento profundo. Despues que estudie todas las ciencias que le sea posible, y mas que todo la naturaleza. Para formar lo que se llama el buen gusto ha de leer los mejores autores, distinguiendo con recto criterio sus bellezas de sus defectos. Y finalmente ha de pensar mucho y con profundidad.

—¿Y cuántos años se necesitarán para todo eso?

—Eso es conforme la capacidad y el tiempo con que cada uno pueda contar; pero 80 años no es mucho.

—No, no, yo no quiero ser tan buen poeta como todo eso: me contento con hacer lo que V. hace.

—En ese caso le basta á V. quererlo hacer, si es capaz de ello.

—Pero siempre se necesitará estudiar algo.

—¿Qué! no señor, nada, absolutamente nada.

—Pero las reglas....

—Para hacer canciones y romances no son menester las reglas.

—Ya, pero.... las odas....

—Tampoco: escriba V. odas.... y poemas, que lo mismo lo hará V. con reglas que sin ellas.

—Al menos me hará V. el favor de corregirme algunas de mis composiciones, y siempre aprenderé algo. Comencemos por esta que llevo conmigo.

—¿Para qué? no es menester; si yo no sé mas que V.

—Sin embargo, vea V. qué le parece....

—Horror!

—Dios mio! Oigame V....

Sobre la roca escarpada

A cuyo pie el mar se agita....

—Oigame V. un momento, un momento no mas.

Hombre no quiera V. ser poeta, que ese es un oficio tan horroroso como la composicion de V.—A costa de quitarse el sueño toda una noche, de adquirir una jaqueca, de comerse á bocados las yemas de los dedos... de faltar á sus mas sagradas obligaciones, habrá V. escrito una cosa que V. llamará composicion, y sin embargo todos los que la vean no creerán sino que es descomposicion de su cerebro; todos criticarán los defectos, que por precision serán como los mártires de Zaragoza, esto es, innumerables; y nadie verá las bellezas, caso que las hubiere: será V. el obgetto de la burla de todo el mundo.... y no pára ahí todo; de delirio en delirio, de locura en locura llegará V. hasta querer dar mas publicidad á sus producciones: querrá V. leerlas en el Liceo ó en otra cualquiera sociedad; acaso las insertará en algun periódico, y tal vez sea V. el obgetto de algun artículo burlesco, que le ponga en ridículo para con todos y para con V. mismo. Eso de una parte: de otra se verá V. precisado á escribir á todos los santos de la corte celestial, porque *como hay tanta afición á la poesia*, todo el mundo quiere dar los días en verso; y los amigos y amigas de V. le molerán á encargos, á que no podrá escusarse: y escribirá V. enhorabuenas poéticas, y billetes amorosos en verso, y esquelas de convite, y otras cosas semejantes, y todo para ser criticado; y cuando á fuerza de cavilaciones haya V. adquirido una destilacion, nadie le tendrá á V. lástima, y todos dirán: *Bien empleado le está al loco que quiere hacer reír.*

—No importa: oiga V. mi composicion, y juzgará de mi talento.

No hubo medio; fue preciso resignarme y oír al bueno de mi discípulo, que leyó con tono declamatorio

¡HORROR!

En esa peña escarpada

Que sobre la mar gravita,

Tiene su triste morada

Solitario Cenovita,

Criatura desgraciada.

Su rostro flaco y tostado

Surcos indelebles muestra,

Que grabára despiadado

Vivir de suerte siniestra

Inflexible y cruel hado.

Con paso inquieto y airado

Dia y noche se le viera

Errar sin camino dado,

Semejante á la quimera

De un ensueño malhadado.

Nunca á los hombres habló,

Huyó de ellos si los vido,

Y el infeliz prefirió

Vivir siempre en el olvido

Del desierto que eligió.

De continuo,

Sus cantares

Delirante

Repití;

Cual bramido

De las olas

Que en las rocas

Se estrelló.

Y las aves

Agoreras

Chillan, vuelan

Con pavor;

Viento silba

Y arrebata

La sonata

Del dolor.

Y los ecos

La desdeñan,

No contestan

Al cantor;

Porque un ser

Desventurado,

¡Desgraciado!

Inspira horror.

II.

Los últimos rayos....

Aquí llegaba nuestro poeta, cuando vino á interrumpir su horrible lectura un nuevo personaje: era un estudiante á quien yo no conocía, que llegó hasta mi cuarto sin hacerse anunciar; bien que venia irritado, y no extraño se le olvidasen las ceremonias de política.

—Vengo, me dijo iracundo, á pedir á V. una satisfaccion.

—No sé en que haya yo podido ofender á V., pues ni siquiera le conozco; pero esté V. cierto que si hay motivo, no rehusaré darle la satisfaccion que me pide.

—V. ha puesto en el periódico del Liceo una novela titulada *Eduardo*, que insulta directamente al catedrático de anatomía, á sus discípulos y á todos los estudiantes en fin.

—Efectivamente, mia es esa novela que V. dice; pero mi ánimo al escribirla no fue el insultar á nadie, pues no me dá por ahí; y mucho menos al catedrático de anatomía, por ser persona muy apreciable, ni á los estudiantes de ningún curso, pues aunque yo no lo soy, lo son personas muy allegadas á mi, y ademas venero mucho la Universidad literaria. Tenga V. la bondad, pues, de decirme en qué funda sus quejas, y responderé.

—No sé como lo ha de hacer V.

—Veamos.

—V. llama á la medicina el arte de matar sin consecuencias.

—Y mas abajo digo que no tiene esto el mérito de la novedad, pues son muchísimos los que lo han dicho antes que yo. Ademas yo no califico á los médicos de asesinos, y le puedo asegurar á V., que cuando me siento enfermo no descanso hasta que el doctor me ha tomado el pulso; pero tampoco desconocerá V. que si bien salen muy excelentes facultativos de las Universidades, los hay tambien, y no son los menos, cuyo corto talento ó poca aplicacion solo les permite salir medianamente de un exámen, pero no usar de la medicina como conviene.

—V. no hace esas distinciones en su novela.

—Porque como esta idea no tiene nada de nueva, si no que se les ha ocurrido á todos ó la mayor parte de los escritores; cómo es una frase que se ha vulgarizado tanto, me parece no necesita esplicacion alguna, para que no formen queja los buenos médicos.

—Y le parece á V. regular decir, que aquel cadáver estaba destinado á servir de besa y escarnio á una desenfrenada estudiantina? Esto envuelve dos insultos, el uno á los estudiantes á quien tacha de desenfrenados, y el otro á la cátedra de anatomía, y por consecuencia á su regente, pues V. supone que en el teatro anatómico se escarnecen y profanan los cadáveres, y esto es prevenir en contra de un estudio tan utilísimo.

—Poco á poco, vamos por partes: yo estoy muy lejos de criticar el estudio de la anatomía, pues no soy tan ignorante que se me oculte la necesidad que hay de que los facultativos conozcan la organización del cuerpo humano. Todo lo contrario, yo alabo y venero esta cátedra, á la que he asistido algunas veces, porque estoy convencido de que es un estudio que debería hacer todo hombre. En cuanto á la frase *una desenfrenada estudiantina*, si V. me reconviene por ella, diré que no tiene sentido comun. Todos los estudiantes serán personas muy bien educadas, y juiciosas si se quiere; pero es necesario que convengamos en que envueltos en su manteo, y reunidos, no es el comedimiento la primera de sus virtudes; son jóvenes, y como tales fogosos, alegres... bulliciosos... algo desenvueltos... vamos... lo que se llama calaveras; infinidad de veces su independencia y su jovialidad les ha hecho proceder sin freno ni disciplina.... Sí señor, sin freno ni disciplina: muchos ejemplos pudiera citar á V. en comprobacion de esta verdad, pero yo le considero á V. tan penetrado de ella como yo. Y no se crea que yo hablo solamente de los estudiantes de ahora, ni que me concreto á los de esta ó aquella parte; yo hablo de los estudiantes de todos tiempos y de todos los países del mundo.

Supongo que tambien tratará V. de hacerme cargo de aquello que dice—; *Bárbaro!* bien se conoce cuanto han endurecido tu corazón los carníceros ejercicios de tu oficio; pero no debe V. perder de vista que esto lo pongo en boca de un hombre apasionado y fuera de sí, cuya crítica situación trato de pintar, y para ello me he de valer de toda idea que conduzca á este fin.

Despues de muy pocas contestaciones mas, fuese mi hombre, quedando yo poco dispuesto á seguir prestando atención al poeta.

—Y bien, le dige, ¿qué le parece á V.?

—Hablaremos luego, ahora concluyamos la lectura de mis versos.

—¿Cómo! ¿Aun le quedan á V. ganas de escribir? ¿No le ha servido á V. de lección lo que acaba de oír? Amigo mio, desengáñese V., y el tiempo que había de dedicarse á hacer versos, empléelo en aprender á tocar el violin ó cualquier otro instrumento; que la música en todo caso solo puede ofender al oido, y la pluma ofende á veces á una Universidad entera.—*D. Desventuras.*

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

No se sabe con certeza en qué tiempo empezó á hacerse uso de la tinta actual para escribir. En la mayor parte de los países de Europa ha sido empleada muchos siglos hace, pero las mas de las antiguas tintas romanas eran de una composición muy diferente, pues constaba de materias carbonosas, como el carbon de madera, ó el negro de lámpara, mezclados con un líquido glutinoso; y tal es aun la tinta de que se sirven los chinos, y otras naciones orientales.

Por simple que parezca la composición de nuestra tinta, ó que en efecto lo sea, es no obstante singular que no la tengamos del mismo género, que sea igual en hermosura y duración á la de los antiguos, como puede muy bien evidenciarse por la inspección de muchos manuscritos romanos.

Sin duda es de la mayor necesidad que los documentos importantes esten escritos con una tinta que reuna dos circunstancias, á saber: la de duración, y la de resistencia á la acción de los agentes que suelen emplearse para destruirla.

La necesidad que hay de fijar la atención en este objeto, se conocerá si comparamos los manuscritos desde el siglo V al XII, con los del XV en adelante. Los primeros, sin embargo de su remota antigüedad, se han conservado perfectamente, al paso que los segundos, aun los de fecha muy reciente,

están tan pálidos y borrados que apenas podemos leerlos.

La mala calidad de la tinta actual, debe atribuirse á que los fabricantes hacen todos sus esfuerzos para proporcionarse la mayor cantidad posible, mas barata y en menos tiempo.

La base de la tinta negra para escribir, es el precipitado fino, negro ó azul oscuro, producido por la mezcla de los astringentes vegetales, con una solución de hierro: se emplea generalmente el sulfato de hierro, y la materia estraectiva soluble de la agalla, á saber, el ácido gálico y el curtiente: se le añade la goma para retener el precipitado en el estado de mezcla, y dar al licor una consistencia que, sin correrse, lo haga capaz de formar con la pluma rasgos finos sobre el papel. Una buena tinta debe tener las circunstancias siguientes: 1.^a La consistencia conveniente para que fácilmente pueda correr de la pluma. 2.^a Color uniforme negro-oscuro. 3.^a Duración. 4.^a Debe secarse pronto en el papel; y 5.^a No ha de blandar la pluma ni corroer el papel.

La tinta ha sido objeto de muchas experiencias hechas por los mas célebres químicos, despues de las cuales han convenido todos en que la siguiente composición es la mejor que se conoce.

Póngase en una botella tres onzas de las

mejores agallas de Alepo en polvo muy fino, una onza de sulfato de hierro, otra de palo campeche en pequeños pedazos, otra de goma arábiga, ocho ó diez clavos de especia machacados, un cuartillo de vinagre superior y otro de agua dulce: menéese bien la botella, y déjense los ingredientes espuestos cerca del fuego por espacio de diez días, teniendo cuidado de agitarlos muchas veces, lo que deberá ejecutarse también siempre que haya de verterse en el tintero, el cual será de vidrio ó de cristal, pues el plomo y tierra descomponen la tinta.

Pero no basta que esta sea duradera sobre el papel; es necesario que sea también in-

deleble, esto es, que resista á la acción de los agentes que suelen emplearse para destruirlos; pues sabido es que los escritos de tinta común pueden hacerse desaparecer con mucha facilidad por medio de algunos ácidos, lo cual da lugar á grandes fraudes.

Para evitar esto se han descubierto también varias composiciones de tinta, como son la indeleble de *M. Westrub*, la de *M. Pajot-Lafoeet*, la de *M. Close*, y otras; pero basta con desleir en la composición que hemos indicado, tanta tinta de China, como se necesitaría si se quisiese hacer negra una cantidad de agua igual á la tinta en que se deslía.—*A.*

SECCION DE LITERATURA.

A las diez y media de la mañana del próximo dia 21, se continuará la discusion de la siguiente proposicion presentada por el socio D. Pedro Sabater.

«Una de las cosas mas perjudiciales á la sociedad, es esa afición ardiente á la literatura que se ha despertado en los jóvenes: los hombres que tienen alguna influencia en la juventud harán un servicio á la humanidad, procurando convertir esa afición á favor de las ciencias.»

Lo que se inserta en este periódico para conocimiento de los individuos de la indicada sección. Valencia 20 de marzo de 1841.—José María Laulhé, secretario.

En las librerías de Julian y Casiano Mariana, junto á los hierros de la Lonja, se halla venal á 8 rs. vñ. el drama histórico en seis actos y en verso, producción de D. Pedro Sabater, y cuyo título es *D. Enrique el Bastardo, conde de Trastamara*. Los editores de esta comedia, en que el autor ha procurado reunir las formas de la escuela moderna y el fondo de la clásica, han creido hacer un servicio á la literatura valenciana con su impresión. Los repetidos aplausos con que ha sido recibida cuantas veces se ha representado, no aparecerán injustos después de su lectura. Así nos lo hace creer el voto de los inteligentes que la vieron manuscrita, entre los cuales se cuentan los mas célebres autores dramáticos de nuestra corte.

En la misma librería se hallan también de venta *Doña María de Molina*, de D. Mariano Roca de Togores; *El conde D. Julian*, de D. Miguel Agustín Príncipe; y *D. Fernando el Emplazado*, de D. Manuel Breton de los Herreros. Estos tres dramas y *Don Enrique el Bastardo*, son quizas, entre los que se han impreso sueltos, los que con mas exactitud llevan el título de históricos. En todos ellos se halla puesto en acción uno de los acontecimientos mas grandes de nuestra historia, y en todos ellos se ha procurado conservar la verdad sustancial de los hechos. Los que quieran formar un tomo con dichos dramas, podrán acudir á las librerías anunciadas, donde se les venderán sueltos ó encuadrados según lo pidiesen.

El periódico del Liceo valenciano no es un objeto de especulación, sino una empresa dirigida por el celo de sus socios, agena de todo interés.

El precio de suscripción, calculado solo para cubrir los gastos, es en Valencia 20 reales por seis meses y 36 por un año, y en las provincias 24 por seis meses y 40 por un año. Cada número consta de un pliego de impresión en dos columnas como el presente; formando cada año un tomo de 416 páginas. Con el último número de cada tomo se repartirá una portada y cubierta que sirva para su encuadernación.

Se admiten suscripciones en Valencia en la imprenta de LOPEZ Y C.º, y en las provincias en las administraciones de correos.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán, francas de porte, á la dirección del periódico calle de Catalans núm. 4.

VALENCIA: IMPRENTA DE LOPEZ Y C.º